

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

LÍBANO: DESENLACE INESPERADO DE UN CONFLICTO CONFESIONAL

LEÓN RODRÍGUEZ ZAHAR*

A pesar de la desaparición del Imperio otomano con su característica organización en *millets* o comunidades, la religión continúa siendo en Oriente Medio el principal criterio de diferenciación e identidad. En el derecho, el sistema de valores y la práctica social, la religión condiciona la existencia individual y colectiva. Los estados modernos, sucesores del Imperio otomano, se han empeñado en llevar a cabo políticas de asimilación agresivas sin que hayan logrado eliminar el sentido de identidad comunitaria. Esto es lo que en árabe se denomina la oposición entre el *taiftyya* y el *waianyya*, sectarismo y nacionalismo. El *sprit de corps* de las comunidades religiosas minoritarias, tanto cristianas como musulmanas heterodoxas, es el resultado de la mezcla de sus particularidades originales religioso-culturales y de actitudes discriminatorias jurídicas y sociales que las mantienen en diferentes grados de marginación.¹

LOS MARONITAS DE LÍBANO,² los judíos y los armenios son tres minorías que en particular han sido vistas con recelo, cuando no con abierta hostilidad, dentro del océano musulmán del Medio Oriente. Históricamente se caracterizaron por rechazar de manera vigorosa la asimilación o sumisión exigidas por

* León Rodríguez Zahar, internacionalista, autor del libro *La Revolución islámica clerical de Irán* (México, El Colegio de México, 1991).

¹ Jean P. Volognes en *Vie et mort des chretienes d'Orient*, París, Fayard, 1994, pp. 108-109.

² La Iglesia maronita tiene su propia estructura jerárquica pero está unida a Roma y reconoce al Papa como máxima autoridad. Sus orígenes se remontan al Concilio de Calcedonia del s.V, cuando se produjo un cisma de iglesias orientales con Roma al cual los maronitas no se sumaron. En el año 685, el jefe de la comunidad maronita asumió la dirección de la patriarchía de Antioquía y fue reconocido por Roma mas no por Bizancio. El patriarca maronita es a la vez miembro del Colegio cardenalicio.

los estados musulmanes que las abarcaron.³ También representaron un factor potencial de inestabilidad al atizar con su férrea independencia los irredentismos latentes en otras minorías étnicas o religiosas, relativamente más acomodaticias, como los kurdos, azerís, zoroastrianos, alauíes, drusos, coptos y demás cristianos orientales. Además, supieron mantener una relación comercial y cultural especial con el Occidente europeo.

Durante las Cruzadas, la comunidad maronita se alió con los ejércitos francos, invasores dirigidos por San Luis.⁴ Prácticamente fue la única minoría del Levante que adoptó dicha postura.⁵ A partir de entonces, la monarquía francesa renovaría el compromiso de protección con los católicos libaneses que después fue reiterado —según lo atestigua correspondencia varia entre jerarcas de la Iglesia maronita y dignatarios franceses— por el régimen republicano e imperial galo. En el siglo XIX, esa relación especial comenzó a adquirir un mayor interés en el marco de la expansión imperialista de Francia hacia Medio Oriente (Campaña de Napoleón I en Egipto y Siria). Hacia 1860, Napoleón III obligó al Imperio otomano a reconocer oficialmente un protectorado especial de los maronitas tras las masacres de 1860.⁶

Francia aspiraba a establecer una cabeza de playa en el Monte Líbano, para lo cual se valdría de sus aliados maronitas, con lo que adquiriría una posición estratégica en el Medio Oriente otomano. Gran Bretaña intentaría hacer lo mismo, en su caso, mediante el clientelismo de la minoría drusa y por medio de la introducción de la fe protestante.⁷ Pero sus intervenciones,

³ Cabe recordar el asunto de la *dbizzia*, el impuesto especial exigido a cristianos y judíos como pago de la tolerancia religiosa que el Islam estaba dispuesto a tener hacia las minorías, siempre que no afectaran la seguridad del Estado o de la comunidad de fieles. Dicho impuesto generalmente fue rechazado o evadido por los maronitas.

⁴ Es representativo el episodio semilegendario de la contribución de 25 000 voluntarios maronitas a las tropas francas estacionadas en Chipre durante las Cruzadas. A cambio de ello, San Luis habría extendido una carta-compromiso en la cual ofrecía, a perpetuidad, protección a los católicos libaneses y un trato equivalente al de los otros súbditos franceses.

⁵ Ristelheuber, René, *Traditions francaises au Liban*, París, Librairie Alean, 1918 (reimpresión), pp. 67-68.

⁶ *Traditions francaises an Liban*, París, Librairie Alean.

⁷ Mantran, Robert, *Histoire de l'Empire Ottoman*, París, Fayard, 1989, p. 540. La rivalidad francobritánica en Líbano habría de atizar las propias rivalidades dru-

secundadas por misioneros estadounidenses, no tuvieron sino un efecto desestabilizador y eventualmente fracasaron.⁸

Tras la derrota del Imperio otomano, al término de la primera guerra mundial, Francia y Gran Bretaña finalmente pudieron penetrar en el Medio Oriente “legalmente”, conforme al Derecho internacional de entonces, por medio del régimen de mandatos establecido por la Liga de las Naciones. En términos de *realpolitik*, el propósito francobritánico era consolidar el “clientelismo” de las minorías maronita y judía, respectivamente, para asegurar sus intereses coloniales a largo plazo. En términos de Huntington (*The Clash of Civilizations*) había además una afinidad “civilizatoria” con dichas minorías, por lo que la relación se perfilaba como de mutua conveniencia. De cualquier forma, el regreso a la región de los europeos, después de más de 600 años de su derrota en las Cruzadas, fue percibido por los núcleos fundamentalistas musulmanes como un acto de revanchismo histórico. En particular, dicho suceso provocó fuertes resentimientos en Siria, donde recién se había entronizado al rey Faisal en 1919-1920 quien aspiraba a formar una Gran Siria panárabe que al menos debía incluir Líbano y Palestina.

Desde el punto de vista de las propias comunidades judía y maronita y de otras minorías del Medio Oriente, había una genuina expectativa de llegar a contar con sus respectivos “hogares nacionales”, garantizados por Occidente, frente a los estados musulmanes sucesores del Imperio otomano.⁹

Al término de la primera guerra existió una gran efervescencia de los nacionalismos. La comunidad internacional y en particular el gobierno del presidente Wilson de Estados Unidos —no así Francia o Gran Bretaña— alentaba las reivindicaciones

so-maronitas que el Gran Turco pronto aprendió a aprovechar y manipular. Desaparecido el Imperio otomano, le tocaría a Siria desempeñar ese papel de manipulador en el Líbano multiconfesional contemporáneo.

⁸ Khair, Antoine, *Le Moutacarrifat du Mont Liban*, Beirut, Universidad Libanesa, 1973, pp. 26-31.

⁹ Muchos años después el presidente Carter haría alusión a ese compromiso civilizatorio, en este caso hacia los judíos, cuando dijo: “Yo honro al mismo Dios que ustedes. Nosotros (los bautistas) estudiamos la misma Biblia que ustedes. La supervivencia de Israel no es sólo cuestión política. Es un deber moral” (*Time*, 21 de junio, 1976). Citado por Roger Garaudy. *Les mythes fondateurs de la politique israelienne*, París, Roger Garaudy, 1996, p. 199.

ciones independentistas de las nacionalidades “liberadas” del yugo de los imperios, en especial, el Austro-Húngaro y el Otomano. Estas expectativas contrapuestas y confusas de las partes involucradas —etnias, comunidades confesionales, naciones y potencias coloniales o mandatarias— en el surgimiento de los estados del Medio Oriente y en los Balcanes, habría de provocar no pocos malos entendidos, fricciones y graves conflictos cuyas consecuencias se arrastran hasta hoy.

Por su parte, los estados musulmanes herederos de la Sublime Puerta percibieron el surgimiento de naciones no musulmanas, en particular Líbano e Israel, como verdaderas “imposiciones” occidentales y como una amenaza directa a su aspiración de obtener la hegemonía política y religiosa en la región. Ciertamente la consolidación de ambos estados resultaría incomprensible sin el apoyo y abierta intervención francobritánica. El argumento ganaría fuerza entre los sectores fundamentalistas musulmanes por la “casual” coincidencia histórica de que Líbano e Israel habrían de corresponder sustancialmente a los territorios del que fuera el Reino Latino de Jerusalén creado por los cruzados europeos 700 años atrás. Por si fuera poco, ambos constituyen lo que el Vaticano continúa considerando como “Tierra Santa”, tierra de peregrinaje cristiano. Por su parte, el lema bíblico: “La Gloria de Líbano le fue dada” está inscrito en el frontón del Palacio Patriarcal maronita de Bkerke, Monte Líbano.

El proyecto del Gran Líbano

En lo que respecta al derecho internacional, el nacimiento de Líbano e Israel quedó al menos legalizado mediante un sistema “democrático”: el “censo socioconfesional” de población bajo supervisión internacional. En el caso libanés, los maronitas resultaron ser la “mayoría relativa” según el censo organizado por Francia en 1932: 51.3% de cristianos contra 48.8% de musulmanes.¹⁰ En el caso de Palestina, es bien conocida la

¹⁰ Véase el artículo de K. Hashimoto “The Lebanese Population Movement, 1920-1939” en Albert Hourani (comp.), *The Lebanese in the World*, Londres, Center for Lebanese Studies, 1992.

actitud deliberadamente ambigua adoptada por Gran Bretaña frente a las reivindicaciones “árabes” y judías. Tuvo que ser la Organización de las Naciones Unidas la que con base en cifras y cálculos censuales decidió, mediante la Resolución 181, la “partición” del territorio de Palestina en 1947 para dar lugar a dos estados: uno judío y otro “árabe”.¹¹ Este método, a pesar de sus dudosos resultados, aún trata de aplicarlo Naciones Unidas para buscar una solución a los conflictos saharauí y chipriota.

Al obtener su independencia en 1943, y en sucesivas crisis, Líbano no llegó a partirse gracias a su “pacto nacional”, no escrito, de carácter confesional cristiano-musulmán, el cual fue originalmente auspiciado por Francia. En el fondo era una alianza entre la comunidad maronita y la suní no sólo para convivir dentro de un Estado teóricamente laico sino para hacer frente al mosaico comunitario que llegaría a sumar 18 confesiones reconocidas actualmente.¹² Sin embargo, el pacto reconocía la preeminencia de los maronitas, lo que se reflejaba en un Parlamento de 99 escaños (hasta 1989) 54 de los cuales eran asignados a los cristianos y de ellos 30 a los maronitas.

El Artículo 95 de la Constitución de 1943 reconoce que el reparto confesional del poder es necesario pero “transitorio”, lo que implica que eventualmente se prescindiría de él al consolidarse, en un futuro impreciso si no es que utópico, una identidad laica nacional. Entre 1943 y 1975 puede hablarse del éxito aparente del modelo de “democracia confesional” libanés, que hacía aparecer a este país como un ejemplo de tolerancia que debía seguirse, equiparado con frecuencia al suizo. Éste era el modelo que apoyaba el politólogo Michel Chiha, cristiano liberal, quien propugnaba un Estado relativamente débil que “dejara hacer” a las comunidades para que se desarrollaran en una sana competencia económica. De ahí surgió el

¹¹ Significativamente, Gran Bretaña se abstuvo en la votación como expresión de su reconocimiento al “doble compromiso” que tenía con árabes y judíos.

¹² Las demás comunidades quedaron subordinadas. Los drusos propusieron que si el presidente de la República era un maronita y el primer ministro un suní, entonces ellos podrían ocupar la presidencia de un Senado. Esta propuesta no fue aceptada ni se constituyó dicho Senado. Véase Beshara Menassa, *Constitution libanaise, textes et commentaires*, Beirut, Editions L’Orient, 1995, p. 40.

lema “la fuerza de Líbano está en sus debilidades”. El modelo, sin embargo, adolecía de graves fallas de origen que no tardarían en estallar de la peor forma posible.¹³

Precisamente, era el carácter de la identidad libanesa el que resultaba muy discutible. La concepción francomarónica del Grand Liban, ideada en 1920, se basaba en reconocer un hogar nacional maronita en torno al Monte Líbano: el “Pequeño Líbano” al cual se le añadieron y sometieron otros territorios administrativos ocupados por diversas minorías cristianas y musulmanas: drusos, shiíes, suníes, griegos ortodoxos, etc. Se pretendía que estas anexiones eran legítimas al considerar, de acuerdo con el decreto del General Gouraud del 31 de agosto de 1920, que con el Gran Líbano “se había restablecido Líbano dentro de sus fronteras geográficas e históricas”. En apoyo a esta tesis, el historiador maronita Boutros Harb explica que “la entidad libanesa natural (?) forma una nación geográfica (?) lo cual define la Nación libanesa (?)”.¹⁴ El intento por establecer una identidad nacional en torno a la “identidad geográfica” especial del Líbano se resume en el “símbolo nacional” del Cedro.

El segundo modelo de identidad que se puede rastrear apela a la solidaridad natural de todas las comunidades “libanesas” que, a pesar de sus profundas diferencias religiosas, compartían un pasado común de persecución en el Medio Oriente y que reconocían en Líbano una tierra generosa de refugio. Ésta podría llamarse la “identidad del Santuario”. Sin embargo este aspecto también se debilita si se considera la vocación migratoria de los libaneses, tanto musulmanes como cristianos, lo que les ha llevado a considerar a Líbano, al menos a partir del siglo XIX, más bien como una tierra de tránsito de refugiados hacia destinos fuera del Medio Oriente.¹⁵

El tercer modelo de identidad se podría ubicar en el “antecedente histórico del Estado libanés” el cual resulta ser igual-

¹³ Véase la obra de Corm, Georges, *Liban: Les guerres de l'Europe et l'Orient*, París, Gallimard, 1992.

¹⁴ Harb, Boutros, *Los maronitas: historia y constantes*, Beirut, Quadri, 1989, p. 140.

¹⁵ Deniz Akarli, Engin, “Ottoman attitudes towards Lebanese Emigration”, en Albert Hourani (comp.), *op. cit.*, pp. 11-138.

mente cuestionable. En el pasado cercano existió un Estado intermitente entre los siglos XVI y comienzos del XIX dirigido por familias feudales drusas apoyadas por la comunidad maronita. Dicha alianza quedó irremediabilmente rota a raíz de las matanzas de 1840 a 1860. Más allá sería muy difícil demostrar la identidad entre fenicios y “libaneses” ya que ninguna comunidad de las actuales puede alegar tener una descendencia directa de los fenicios.¹⁶

El cuarto modelo apelaría a la identidad cultural como base de la cohesión. Aunque el árabe es la lengua oficial, el francés sigue siendo la segunda lengua predominante, sobre todo entre los maronitas. Fuera del uso de la lengua árabe como *lingua franca* intercomunitaria (aunque la comunidad armenia conserva su lengua) o de ciertos aspectos folclóricos comunes, cada comunidad se aferra a su identidad confesional y los cristianos en particular a su identidad cultural “occidental”.

El fin del modelo de democracia confesional

Para la década de los setenta ya se percibía un rompimiento del equilibrio confesional en términos de población, mismo que favorecía evidentemente a la comunidad shií y al bloque “musulmán” en general. Según un censo del Grupo Amal, shií, la proporción era de 59% de musulmanes (con mayoría relativa shií) contra 41% de cristianos. El cálculo coincide con cifras israelíes y estadounidenses.¹⁷ En dichas circunstancias parecía necesario renegociar el “pacto nacional”. Sin embargo, esto no era tan sencillo si se recuerda que dicho pacto era en favor de los maronitas y los suníes. Lo que sucedió, en cambio, fue que la política libanesa, hasta entonces expresada por medio de partidos políticos e ideologías laicas que disimulaban su fondo confesional, dio un giro radical al buscar un nuevo reparto del poder por la vía de las armas. La guerra llama-

¹⁶ La mayor parte de los historiadores de origen maronita trata de demostrar esta supuesta continuidad histórica de la civilización fenicia al señalar no sólo los testimonios arqueológicos sino la persistencia de voces fenicias en la toponimia libanesa.

¹⁷ Jean. P. Volognes, *op. cit.*, p. 637.

da civil sólo disfrazó una guerra confesional que en cierta forma estaba latente desde la creación misma del Gran Líbano. Las principales comunidades, organizadas en milicias, no dudaron en acudir a sus "protectores y aliados" externos e internacionalizaron el conflicto. El grupo suní fue acusado de recurrir a los palestinos de la OLP como aliados,¹⁸ al grupo maronita se le responsabilizó de llamar a los sirios con la probable intención de evitar ser acusado de recurrir a Occidente, como lo había hecho el presidente Chamoun en 1958. Vista en retrospectiva, la acción de Chamoun ya había causado al menos que el Pacto Nacional se "rasgara".

Todavía se discute cómo fue la entrada de los sirios a Líbano en 1976. Según el ex presidente Amín Gemayel¹⁹ fue el presidente Assad el que de manera unilateral y por razones "estratégicas" de seguridad nacional de Siria decidió la entrada de su ejército a Líbano, lo que se confirma por un discurso pronunciado por el propio Assad y televisado el 20 de julio de 1976. El argumento tiene cierta lógica si se considera la animosidad existente entre Damasco y la OLP y la visión estratégicamente correcta de Siria de que la actividad militar de la OLP en el sur de Líbano precipitaría, como de hecho ocurrió, la invasión israelí en sus fases de 1978 y 1982. De todas formas, la intervención siria no pudo darse sin la anuencia al menos tácita del gobierno cristiano de Beirut. Para disimular dicha intervención unilateral de Damasco, la Liga Árabe, *ex post facto*, formó una fuerza panárabe para Líbano que tendría escasa efectividad y duración.

Al prolongarse la intervención siria y dada su virtual transformación en fuerza beligerante o incluso de ocupación, la falange ultranacionalista maronita, representada por el clan Gemayel, reaccionó y encabezó un movimiento de resistencia contra los sirios el cual provocó escisiones graves en el

¹⁸ Cabe recordar las fuertes presiones del premier Rashid Karame, suní, para obligar al gobierno cristiano a aceptar la entrada de contingentes armados de la OLP a Líbano con el pretexto de apoyar la causa palestina, cuando en realidad se convirtieron, tras el Acuerdo de El Cairo de 1968, en un beligerante que apoyaba la causa "suní" en Líbano que supuestamente intentaba establecer un Estado musulmán. Véase Corm, G., *op. cit.*

¹⁹ Carta de Amin Gemayel al canciller Juppe reproducida en *L'Orient Le Jour* (Beirut), febrero 11 de 1995.

bloque cristiano, pese a lo cual lograron llevar a la presidencia a Beshir Gemayel en 1982. Al ser éste asesinado, presuntamente a manos de los sirios, lo sucedió su hermano Amín. Para entonces había un consenso en el liderazgo maronita de que la intervención militar israelí, a falta de la occidental, sería la única capaz de eliminar a los palestinos y a los sirios de un solo golpe. La operación militar israelí, iniciada en 1982, tuvo serios tropiezos y el gobierno cristiano, encabezado por Amín Gemayel, se vio en una posición muy comprometida. Incluso con el ejército israelí ocupando parte de Beirut, Gemayel se dio cuenta de que sería suicida ratificar el “acuerdo de paz y cooperación” (17 de mayo de 1983) propuesto por Tel Aviv, ya que éste sólo atraería acciones punitivas del mundo árabe contra los maronitas. No obstante lo anterior, por sorprendente que parezca, es indudable que entre 1982 y 1985 Siria, el gobierno libanés e Israel —al margen de sus diferencias— convergieron en un punto: expulsar a la OLP de Líbano, meta que fue lograda en 1985.

Ante la debacle ocasionada por los israelíes, un último intento occidental por mantener su compromiso “civilizatorio”, en términos de Huntington, con los “cristianos” libaneses se dio en 1983 con la entrada de las Fuerzas Multinacionales que incluían a Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e Italia, que debían llenar el vacío dejado por la Liga Árabe y reemplazar la inaceptable presencia militar de Israel en un intento por balancear la situación a favor del interés occidental. Empero, el shiísmo radical del Hezbolá apoyado por Irán y Siria asestó un golpe definitivo a las pretensiones occidentales tras el exitoso atentado contra los cuarteles francés y americano.

En 1985, tras la virtual derrota de la OLP, la retirada parcial israelí, el aislamiento del gobierno maronita y la debacle occidental, Damasco aparecía como la fuerza dominante en Líbano, lo que hizo posible que el régimen de Assad promoviera los llamados Acuerdos de Damasco, que por primera vez hacían factible una negociación de paz interconfesional para Líbano, ya que incluso gran parte del liderazgo maronita parecía dispuesto a ceder.²⁰ Sin embargo, nuevamente el presi-

²⁰ Corm, George, *op. cit.*, pp. 216-217.

dente Gemayel y la corriente "nacionalista" inclinaron la balanza al rehusarse, en el último momento, a concluir el acuerdo que Siria pretendía imponer y al que consideraban tan ominoso como el que tres años antes les presentara Israel. La guerra continuó.

De hecho, no sería posible vislumbrar posibilidades para reiniciar negociaciones sino hasta la salida del presidente Gemayel quien, *in extremis*, antes de concluir su mandato en septiembre de 1988, nombró como primer ministro interino al jefe del ejército, el general Aoun, también maronita. La medida creó una crisis institucional muy grave en el gobierno libanés, ya que el bloque musulmán desconoció al general y consideró la situación como un "golpe de Estado" de los cristianos. Es difícil precisar cuál haya sido la intención del presidente Gemayel, quien aparentemente se consideraba a sí mismo como el último mandatario "independiente y legítimo": ¿había decidido que no contaba con ningún sucesor confiable entre los parlamentarios sometidos a la influencia de Damasco?

Por primera vez, desde el estallido de la guerra civil, el Estado libanés perdió la apariencia de "normalidad" institucional que se había mantenido sorprendentemente gracias a la ficticia autorreelección del Parlamento de 1972 cada cuatro años. Éste a su vez, en uso de sus facultades, elegía al presidente, maronita, cada 6 años. Para 1988, año en el que expiró el mandato de Gemayel, había fallecido casi la tercera parte de los 99 diputados electos en 1972, los 58 supervivientes eran virtualmente controlados por Siria y había un "primer ministro" interino de dudosa legalidad.

En medio del virtual vacío de poder y del estancamiento militar del conflicto confesional, la Liga Árabe, con visos de renovada legitimidad, volvió a aparecer en la escena libanesa para promover un nuevo acuerdo de paz.²¹ Irak, seguido de varios países árabes, demandaba la restitución de la soberanía e independencia de Líbano mientras que Siria insistía en alcanzar primero un acuerdo de paz interconfesional. Las ne-

²¹ Se formó un Comité tripartito integrado por Arabia Saudita, Argelia y Marruecos. En un momento dado su informe criticó la constante interferencia de Siria a la cual prácticamente acusaba de "ocupante". Damasco ejerció fuertes presiones para eliminar esas "impresiones" del Comité.

gociaciones desembocaron en el Acuerdo de Taef, en el que esencialmente se satisfacía la exigencia musulmana de una nueva repartición del poder en términos de igualdad confesional, 50-50, con los cristianos, y se reafirmaba la pertenencia de Líbano al Mundo Árabe y el uso del árabe como lengua oficial. En lo referente a los cristianos se lograba evitar un censo, se mantenía la preeminencia de los maronitas especialmente al frente del Ejecutivo y se consagraba no sólo la “soberanía e independencia del país” sino el que “Líbano sería la Patria definitiva para todos sus hijos” una alusión a los supuestos intentos de implantación palestina y a los sangrientos procesos de “limpieza religiosa” que habían forzado a muchos cristianos a la emigración.

Sin embargo, bajo la presión de Siria, cuyo peso específico en el conflicto resultaba innegable, la Liga Árabe reconoció la “necesidad” de que dicho país siguiera manteniendo, después de casi 15 años, sus tropas en Líbano y que actuara como garante, por tiempo indefinido, no sólo de la paz interna sino como fuerza disuasiva ante eventuales intentos expansionistas israelíes. El liderazgo maronita se dividió. El patriarca —probablemente presionado por el Vaticano y por Estados Unidos— adoptó una postura neutral, muy criticada por su comunidad, señalando que Taef era el menos malo de los acuerdos posibles y que era preferible la paz a ese costo.

Por su parte, el primer ministro interino, el general Aoun, se opuso al Acuerdo y llamó a una guerra de liberación nacional contra el ocupante sirio. Su resistencia “quijotesca” logró efectivamente movilizar tanto a cristianos como a musulmanes en torno a un nacionalismo renacido y un rechazo a Taef. Tanto la Liga Árabe como la Siria y las potencias occidentales recurrieron a todo tipo de tácticas —coerción, manipulación y hasta soborno— para garantizar que los 58 diputados supervivientes del Parlamento de 1972 se trasladaran a Taef, Arabia Saudita, y, a nombre del pueblo libanés, firmaran el acuerdo. ¿Fue legal esa firma? o ¿puede considerarse legítima? Según los estándares de legalidad internacional y del principio de “autodeterminación de los pueblos”, el acuerdo al menos debió ser ratificado por un referéndum —algo que proponían los antitaefistas— lo cual nunca ocurrió.

La falta de legitimidad del acuerdo obligó a Siria a precipitar la elección de un nuevo presidente para Líbano. Después de Taef, el Parlamento de 1972 fue trasladado y reunido, *a fortiori*, en una base militar, en territorio libanés, donde se efectuaría la elección bajo estricta supervisión siria. El 5 de noviembre de 1989 fue electo el diputado René Moawad, reconocido de inmediato por Estados Unidos. Sin embargo, Moawad aparentemente se inclinaba por negociar con el general Aoun. En medio de esas especulaciones, el presidente fue asesinado presuntamente a instancias de Siria, y tras una precipitada sesión del Parlamento de 1972, Radio Damasco informó de la elección del diputado Elias Hrawi, el 20 de noviembre. Hrawi desconoció inmediatamente el gobierno de Aoun y amenazó con destruirlo por la fuerza.²²

A comienzos de 1990 estalló una guerra fratricida inter-cristiana entre los aounistas “nacionalistas” y los seguidores de Geagea, jefe de la milicia maronita. Caben dos interpretaciones: una que considera que Geagea fue manipulado desde el exterior para debilitar a los antitaefistas y otra que Geagea representaba una genuina corriente radical cristiana dispuesta a buscar la secesión del territorio o “cantón” cristiano o un arreglo confederado en el propio marco de Taef.

Pocos meses después se inició la Guerra del Golfo, en agosto de 1990, la cual precipitó el desenlace final de la crisis libanesa de forma inesperada. Los antitaefistas, aislados virtualmente y abandonados por Estados Unidos y Francia, se habían aliado con el régimen de Saddam Hussein mientras que los sirios —que reconocían oportunamente el fin del bipolarismo— habían pasado a formar parte de la coalición internacional antiiraquí encabezada por Estados Unidos y Arabia Saudita. Dos meses después de la invasión iraquí a Kuwait, Damasco obtuvo luz verde de Occidente para sofocar la resistencia antitaefista. Según Huntington, Occidente había roto su compromiso civilizatorio con los cristianos libaneses en aras de sus intereses estratégicos de *realpolitik*. Como un gesto simbólico, los líderes antitaefistas, incluido el general Aoun, re-

²² Dagher, Carole, *Les Paris du General*, París, fma, 1992, p. 163.

cibieron asilo en Francia donde todavía permanecen.²³ A partir de ese momento, Damasco obtuvo *de facto* el mandato internacional sobre Líbano o el mandato para administrar la crisis libanesa, según la terminología de Kissinger.

El desenlace del “mandato” de Siria sobre Líbano

Con la derrota de los antitaefistas, Occidente reconoció que Líbano debía estar bajo control político y militar sirio si bien con el contrapeso militar de Israel. La fragilidad, por no decir la inviabilidad del sistema de reparto confesional del poder, habían hecho de Líbano un factor de inestabilidad demasiado peligroso para el Proceso de Paz regional iniciado en Madrid en 1991. La crisis libanesa entre 1976 y 1989 había precipitado las invasiones casi simultáneas de Israel y de Siria y en un momento dado, de la OLP.

Con la mediación estadounidense, el arreglo estratégico post-Taef para Líbano incluye la división factual del país en sendas zonas de influencia militar. Parte de ese esquema de seguridad es que, curiosamente, los ejércitos sirios e israelíes, supuestos enemigos acérrimos, hayan evitado enfrentarse en territorio libanés, incluso durante la invasión israelí de 1982 o los ataques aéreos masivos de 1993 y 1996. De manera paradójica, el Ejército libanés —aunque desintegrado confesionalmente desde el comienzo de la guerra y casi inoperante a pesar de su proceso de reconstrucción— no ha intervenido mayormente en enfrentamientos con el Ejército israelí.²⁴ Por sorprendente que parezca, la tarea de defender la soberanía nacional libanesa

²³ Es muy curioso el hecho de que Francia se hubiera apegado a la condición siria de que el general Aoun debía ser obligado a guardar silencio, durante cinco años posteriores a su salida, evitando todo tipo de declaraciones respecto a la política libanesa. El silencio impuesto terminó formalmente en octubre de 1996. Causó fuertes fricciones entre los aounistas y el gobierno francés la visita del presidente Chirac a Líbano en marzo de 1996 debido a los lazos personales de amistad y de negocios entre Chirac y el primer ministro taefista, Rafiq Hariri. La visita de Chirac a Beirut fue un reconocimiento tácito al régimen taefista que violó los principios mínimos del supuesto compromiso civilizatorio con sus antiguos aliados maronitas. Véase la entrevista al general Aoun hecha por *Le Figaro* en abril 6 de 1996.

²⁴ Fiquié, Gerard, *Le point sur le Liban*, Beirut, Anthologie, 1996, pp. 92-93.

recae de hecho en la milicia del Hezbolá, apoyada por Irán y tolerada por Siria. Dicha organización, que representa al shiísmo fundamentalista, propugna la creación de una República Islámica de estilo iraní en Líbano; sin embargo, reconoce la “independencia y soberanía del país”. La resistencia antisiria y antifundamentalista islámica, en cambio, recae en la milicia del Ejército de Liberación del Sur, dirigido por un general maronita pero que integra a numerosos shiíes y es protegido y apoyado por Israel.²⁵

El Ejército sirio permanece en el centro y norte de Líbano con 35 000 efectivos, pero no puede desplegarse más al sur a partir de la altura del Puerto de Sidón. Entre Sidón y la franja de seguridad de Israel (aproximadamente una décima parte del territorio libanés) queda una “zona colchón” que es controlada por el Hezbolá. La aviación militar israelí tiene “derecho de sobrevuelo militar” sobre la totalidad del espacio aéreo libanés. Al menos una vez por semana sus jets supersónicos fotografían las posiciones militares sirias o del Hezbolá en Líbano.

El gobierno taefista está dirigido, desde 1989, prácticamente por las mismas personas aprobadas por Siria y que se han “reelecto de manera excepcional”. El presidente Hrawi (maronita), el primer ministro Hariri (suní) —quien tiene la nacionalidad saudita y que desempeñó un papel primordial en las negociaciones del Acuerdo de Taef— y el presidente del Parlamento, Nabih Berry, quien es líder de la milicia shií Amal, señalada como participante en diversos atentados terroristas durante la guerra. Ellos forman la “Troika” que representa a las tres comunidades predominantes. La división confesional 50-50 entre el bloque cristiano y el musulmán es mucho más clara en el Parlamento, el cual fue electo por primera vez, en la posguerra, en 1992 con una tasa de participación de 13.78% y con la presencia constante de 35 000 efectivos del ejército sirio.²⁶

²⁵ El comandante del ELS, Ejército de Líbano del Sur, es el general Lahad.

²⁶ En 1990 fueron “designados”, conforme a lo estipulado en el Acuerdo de Taef, 50 diputados para sustituir a los fallecidos del Parlamento de 1972. Este Parlamento de “transición”, con 108 miembros, aprobó el Acuerdo de Cooperación, Fraternidad y Amistad con Siria en mayo de 1991 y aprobó la ley electoral de julio de 1992 que permitiría celebrar elecciones parlamentarias “regulares” por primera vez en 20 años. Véase Beshara Menassa, *op. cit.*, p. 42.

El gobierno libanés ha quedado unido a Siria por el Acuerdo de Fraternalidad y Cooperación de 1991, que establece una serie de “objetivos comunes” e instancias de “coordinación política, militar y de política exterior”. Este gobierno taefista intenta autolegitimarse mediante el Proyecto de Reconstrucción Económica elaborado en la línea del más puro neoliberalismo. A su vez, posterga la cuestión de la soberanía e independencia para un futuro indeterminado y considera que la presencia política y militar de Siria es necesaria para garantizar la estabilidad del país. Tolera al Hezbolá como milicia, la única no desarmada formalmente tras el Acuerdo de Taef, en calidad de Resistencia Nacional contra los israelíes. Como partido político, el Hezbolá mantiene una presencia en el Parlamento. No obstante, el Partido Amal —shií prosirio— aún conserva parte de su estructura miliciana en el sur, sobre todo para evitar la hegemonía militar del Hezbolá.

La comunidad internacional —guardiana celosa del derecho internacional— también posterga la cuestión de la soberanía, autodeterminación e independencia de Líbano. La Resolución 520 del Consejo de Seguridad, que pide la retirada de todas las fuerzas militares extranjeras de Líbano —lo cual incluye especialmente a Siria— se encuentra prácticamente archivada. La Resolución 425, que pide de modo específico la retirada de Israel, se conmemora cada año a instancias de Siria y del gobierno taefista libanés. El Departamento de Estado estadounidense se limita a repetir de manera ritual en su informe anual (1995 y 1996) sobre la situación de los derechos humanos en el mundo que “Siria controla a la clase política libanesa lo que le permite perpetuar su presencia” y destaca que “dicha actitud no representa las aspiraciones de la mayoría de la población libanesa”. En pocas palabras, el Departamento de Estado reconoce que Siria ocupa Líbano y que controla a su gobierno, pero en la práctica Washington avala esta situación. Al igual que Tel Aviv considera que una verdadera y eficaz negociación de paz con Israel la hará Siria a nombre propio y de Líbano.²⁷

²⁷ Bajo el pretexto de la prohibición de que ciudadanos estadounidenses viajaran a Líbano, los secretarios de Estado de ese país prácticamente no visitaron Líbano.

En el corto plazo, la diplomacia internacional se contenta con guardar la ficción de un Líbano unido dentro de fronteras reconocidas, en paz y receptivo a las inversiones. Las grandes empresas transnacionales han acogido con entusiasmo el Proyecto de Reconstrucción impulsado por el premier Hariri, ya que saben que tiene detrás el aval de Arabia Saudita. Junto con las empresas, regresan también las misiones diplomáticas que se ubican de acuerdo con sus "afinidades" confesionales en el Beirut dividido de la posguerra: las de países "occidentales" prefieren el lado Oriental de Beirut, que corresponde al sector cristiano y donde habita el presidente (maronita) las de países musulmanes optan por el lado Occidental, musulmán, donde radica el primer ministro (suní). La división factual de Beirut es sólo reflejo de la cantonización confesional del resto del país forjada durante la guerra y que está lejos de haberse superado.

Para las comunidades, el desenlace de su guerra civil-confesional en Líbano trajo consigo una inesperada pérdida de la soberanía e independencia del país. Citando las palabras del patriarca maronita, el Acuerdo de Taef de 1989 resultaba en ese momento el menor de los males. Sin embargo, es poco probable que dicho acuerdo resulte satisfactorio a largo plazo, ya que se basa en una correlación de fuerzas antagónicas —internas y externas— que están en una tregua, en expectativas de reconstrucción económica fortuitas —dado el virtual estado de guerra entre Siria, Líbano e Israel— y carece de una capacidad real para eliminar el confesionalismo, el *taifiyya*, y dar paso a una identidad nacional, *wataniyya*, laica como la que imaginaron los franceses y maronitas a comienzos de siglo.

no en ninguna de sus giras por Medio Oriente para promover el Proceso de Paz a partir de 1991. La primera visita "normal" puede considerarse la de la secretaria Albright, en octubre de 1997, que coincidió con el levantamiento de la prohibición unos meses antes.